

trapone a otras, como la tendencia a cuidar de otros. Entiendo que esta parte del texto resulta, a mi modo de ver, polémica y no suficientemente demostrada (a ésta habría que añadir el capítulo de la biomejora moral). En todo caso, reconoce la plasticidad del cerebro y su construcción biosocial que se ve influida incluso antes del nacimiento por la experiencia y el aprendizaje; siendo la clave la educación formal e informal, el entorno cultural y social. Cortina destaca como esencial la educación para la autonomía, la educación que permite forjarse una conciencia personal y social a través del dialogo y la argumentación (frente a la fuerza de la presión social). Sin olvidar que la mejor escuela es “la experiencia compartida del sufrimiento y la alegría, la compasión vivida”.

Erradicar la pobreza supone reducir las desigualdades. Las desigualdades son indeseables por sí mismas y por la pobreza que generan, reducirlas sería uno de los objetivos centrales de este siglo. Cortina plantea el derecho a una vida sin pobreza como un derecho de las personas y un deber de las sociedades.

En el último capítulo, cuestiona uno de los problemas actuales más señalados, el de los refugiados apostando por una hospitalidad cosmopolita. La construcción de una sociedad cosmopolita sin exclusiones es un objetivo que señala también a la educación. El libro concluye: “Educar para nuestro tiempo exige forma ciudadanos compasivos, capaces de asumir la perspectiva de los que sufren, pero sobre todo de comprometerse con ellos”.

Hay algunas dudas que me asaltan después de su lectura. Algunas tienen que ver seguramente con mi formación sociológica y no filosófica, otras, no. Por ejemplo, entiendo que la aporofobia históricamente aparecía unida a otros fenómenos como la xenofobia o el racismo, pero si la aporofobia es un fenómeno que ha existido siempre ¿por qué se singulariza ahora? ¿Por qué hasta ahora no ha tenido ni siquiera un término para referirse a ella? ¿Qué ha pasado en este comienzo del siglo XXI para que nos parezca necesario su uso?

Echo en falta una visión histórica que nos ayude a entender la idea del “pobre” y su instrumentalización por parte de los poderes tradicionales (las religiones, como vía que permitía a las clases acomodadas asegurar su buena conciencia e incluso la salvación a través de la limosna; o los ejércitos que disponían así de un nutrido grupo del que captar fácilmente nuevos miembros; también el poder económico que se aseguraba mano de obra barata). Baste recordar el libro del historiador polaco Bronislaw Geremek, *La estirpe de Caín*, en el que estudia la imagen de los pobres en la literatura europea entre los siglos XV y XVII.

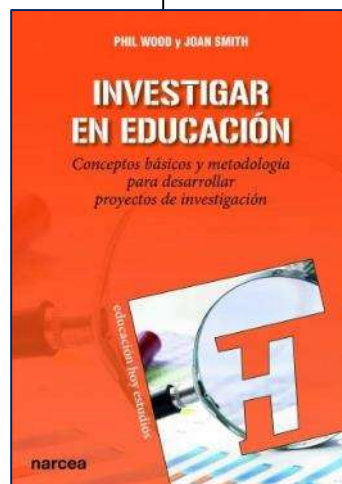
Pero además ¿Qué personas estarían afectadas por este prejuicio? ¿Qué sectores de la población, qué grupos sociales aparecerían señalados? ¿Y cuál es el perfil del aporófono?

Fernando Andrés Rubia

Investigar en educación. Conceptos básicos y metodología para desarrollar proyectos de investigación.

**Wood, Phil
Smith, Joan
Narcea
Madrid, 2017**

Phil Wood y Joan Smith son profesores de la Universidad de Leicester, expertos en investigación educativa. El primero dirige un postgrado en Investigación-Acción y Joan Smith dirige el programa de doctorado en Educación. El presente libro no es solo una buena



guía de investigación para profesores, también es un estímulo a la investigación educativa.

Los autores presentan de una forma sencilla pero rigurosa los conocimientos necesarios para iniciar al profesorado en el complejo, pero apasionante mundo de la investigación educativa. Se trata de un manual que anima al profesorado a abordar los problemas educativos utilizando el mejor instrumento que tiene a su disposición, es decir, la investigación. Enfocar los problemas desde la investigación nos lleva a dudar de ideas preconcebidas y a redirigir su resolución. Con este planteamiento podemos identificar los elementos esenciales de una práctica de éxito, así como establecer también los posibles errores.

Entre los aspectos más destacados y originales del libro cabría señalar la importancia, cada

vez más compartida, con que remarcan las consideraciones éticas. Los autores señalan que no se trata de una fase del proceso investigador, sino que debe afectar directamente todo el proceso. No olvidemos que en la investigación educativa implicamos en muchas ocasiones a menores de edad, familias y profesionales que vuelcan aspectos personales muy relacionados con su formase de vida y de entender aspectos esenciales de la misma. Entienden, que por grandes esfuerzos que haga el investigador nunca podrá garantizar plenamente el anonimato de los participantes. De ahí la importancia de la sinceridad a la hora de obtener el consentimiento, la necesidad de asegurarse que los participantes no hayan recibido presiones para participar, la garantía del anonimato, limitar la información y usar seudónimos para evitar el reconocimiento de los centros, la transparencia en la información, el control de los sesgos profesionales o la importancia de no reforzar estereotipos que puedan dañar a determinados sectores de población.

Otro aspecto destacado es el posicionamiento de los autores por la combinación de métodos de investigación cuantitativos y cualitativos. Si históricamente han predominado los trabajos que aplicaban de forma aislada uno de los métodos reflejando tendencias, en el primer caso más positivistas y en el segundo más etnográficas; los autores consideran que la tendencia de los últimos veinte años trata de considerar los métodos como complementarios.

Reseñar esta obra puede ser una buena excusa para plantear de nuevo algunas de las debilida-

des de nuestro sistema educativo y de su relación con la universidad y las facultades de educación. Se hacen pocas investigaciones relevantes en las aulas, sabemos poco de las prácticas y metodologías que mejoran resultados, sigue habiendo una distancia insalvable entre el profesorado universitario y el profesorado de las etapas obligatorias, hay muy poca colaboración universidad-escuela, y sobre todo hay muchos apriorismos en el ámbito de la innovación que no han sido demostrados mediante investigaciones contrastadas. En estos tiempos en los que tanto nos gusta hablar de evidencias será necesario empezar a formarnos en metodologías para el desarrollo de proyectos de investigación y sobre todo poner manos a la obra en los procesos investigadores.

No estaría de más que la administración educativa y las facultades de educación arrimaran el hombro. Hay mucho por hacer, tenemos muy pocas experiencias de colaboración entre instituciones y entre el profesorado de los diferentes niveles educativos. Se necesitan recursos, no solo económicos, cultura colaborativa y de respeto profesional y tiempo, se necesita tiempo para trabajar en equipo y para poner en marcha investigaciones que sean relevantes.

Fernando Andrés Rubia

TEATRO

El pasado sábado 16 de septiembre y dentro del ciclo teatral ZGZ *Escena festival* se representó en la sala zaragozana del Teatro de la Estación la obra "El hijo que quiero tener" del grupo El Pont Flotant de Valencia.

No es habitual encontrarse con representaciones teatrales en las que se reflexionen sobre la educación y las relaciones entre padres e hijos. La obra habla de los vínculos emocionales entre hijos y padres y de la forma de educar a los hijos; de las relaciones en la escuela y en los espacios públicos (especialmente ese espacio socializador tan importante de los pequeños como es el parque infantil). Es una propuesta autocrítica pero llena de humor e ironía. La escena en el

parque en el que los niños aparecen representados por una bola de plastilina roja y un cubo verde (cargados de elementos simbólicos) resulta especialmente divertida a la vez que irónica. Sus diálogos que evolucionan del respeto a la pérdida de control, muestran cómo

proyectamos en los hijos nuestras aspiraciones, nuestros miedos, nuestros prejuicios... Muestran también las dificultades para entendernos, especialmente entre las tres generaciones, nosotros, por un lado, con nuestros padres, y por el otro, con nuestros hijos.

